

# Un futuro en ruinas. Tiempos para los *Post Scriptum*

Óscar Muñoz Morán

Universidad Complutense de Madrid

Antropología para momentos críticos/3. Museo Nacional de Antropología

Reconozco, de entrada, que el título de mi reflexión puede dar lugar al espanto de los potenciales lectores. Así leído, imaginar un futuro en ruinas, invita a la pesadumbre y el desasosiego. Puede ser, pues todos estamos tentados en la actualidad por esas emociones. Pero mi interés aquí es mostrar ciertos rayos de esperanza antropológica (en el sentido profesional) en medio de la desazón justificada por un futuro incierto.

Coincido con [Fernando Sáez](#) en que el mundo está en pausa, detenido ante la incertidumbre, aunque creo que la angustia que se ha colado como invitada furtiva en nuestras casas, más allá del crónico miedo a la pandemia y la convivencia con la muerte (que siempre se piensa ajena), se debe principalmente a la sensación de un futuro detenido. En una sociedad como la nuestra y, en general todas las occidentales, donde pensamos nuestras experiencias individuales y colectivas sobre el futuro, el no tener unas perspectivas temporales nos asusta sobremanera. Lo que parece aterrorizarnos no es que no podamos seguir con nuestro presente, sino que no sepamos cómo será el futuro. Nos angustia la incertidumbre de nuestros trabajos, de los colegios de nuestros hijos, de nuestras relaciones sociales y familiares. Nos crea ansiedad el que no sabemos cuándo podremos volver a celebrar una comida con nuestros padres o cuándo podremos irnos de nuevo de vacaciones. Es más, lo que nos aplasta no es tanto el saber cómo, sino la certeza de que ahora no hay forma de hacerlo. Nos sentimos abrumados porque las vidas que teníamos diseñadas se han parado y existe la sospecha generalizada de que no las podremos recuperar.

Me acordaba estos días del libro XI de las *Confesiones* de San Agustín, donde, entre otras muchas disertaciones sobre la percepción del tiempo, el santo nos recuerda que es el espíritu humano el que permanece y, por tanto, no hay nada exterior que nos indique el paso del tiempo. El pasado no es más que recuerdo y el futuro meras expectativas. Pareciera como si de repente todos hubiéramos caído en la cuenta de que el futuro es eso, una expectación, y no una seguridad. Nuestras certezas se derrumban frente a un espíritu que se mantiene.

Da igual si estas sensaciones están justificadas o no. Da igual si hay visos de realidad en estas perspectivas funestas. Las conversaciones de balcón y de videollamadas se encaminan a preguntarnos cómo saldremos de ésta. El cuándo parece ir preocupando menos, porque estamos abrumados últimamente por números que se encargan de tranquilizarnos. Desde el número de víctimas, hasta fechas o fases. Todos estamos pendientes de un 1, un 2, de 100 o del día 20, porque eso nos produce una sensación de tranquilidad.

Por tanto, parece que vamos sabiendo cuándo, pero nadie se atreve a imaginar el cómo. Lo que nos ofrecen son parches, o así los concebimos. Un paseo limitado, una reunión mínima, teletrabajar o un desplazamiento corto. Pero eso no es la vida que nos

diseñamos. Teníamos pensados viajes, vacaciones, reuniones o congresos que ya no existen. El futuro no es que sea virtual, es que no es.

Tal vez hayamos puesto nuestro presente en pausa esperando que una vez que vuelvan las cosas como estaban, podamos descongelarlo y regresar al estado original. Tal vez, incluso, hay personas o familias que lo han conseguido. Pero la mayoría de nosotros dedicamos gran parte de nuestro tiempo a pensar sobre ese futuro. Antes lo sabíamos, lo teníamos planificado. Existía y además teníamos la sensación de que esta existencia estaba en nuestras manos. Solo dependía de nosotros. Pero esto se ha derrumbado, el futuro y el control humano del mismo.



Máscara de Aya Uma. Cultura Kichwa,  
Ecuador, 2012. Museo Nacional de Antropología.  
Fotografía: María Dolores Hernando Robles.

En estas últimas semanas han acudido a programas de televisión varios historiadores justificando que estamos siendo testigos de un acontecimiento histórico. ¿Qué significa que sea histórico? Evidentemente que en el futuro será digno de ser considerado de tal forma por parte de la historiografía. Por decirlo de otra forma, y tomando prestadas las disertaciones del filósofo Paul Ricoeur, un acontecimiento no es hasta que otros posteriores lo fijan en la Historia. El presente, por muy histórico que sea, necesita un futuro y en gran medida es el drama el que construye ambos, acontecimiento y futuro.

Si hoy estamos ante algo “histórico” es porque pensamos que estamos en un tiempo dramático, pero, sobre todo, porque pensamos que el mundo, nuestro mundo, será otro completamente diferente a partir de ahora. Nos encontraremos, probablemente, un futuro en ruinas, donde las plantas han tomado las calles, los animales salvajes llegan hasta el centro de las ciudades o los presos salen o se escapan de las cárceles. Ese futuro no imaginado es hoy parte del presente dramático.

Pero este mundo en ruinas no es un desafío, es una oportunidad. Especialmente para la antropología. Como justificara el antropólogo francés Marc Augé, los antropólogos no hacemos etnografía de un mundo en ruinas, sino de un mundo en construcción. El mundo no se para, ni el presente, ni el futuro. El mundo está constantemente construyéndose. Los antropólogos no etnografamos presentes, sino prácticas que vienen del pasado y cambian a cada instante. El futuro solo existe en las etnografías en los *Post Scriptum*.

Tras este “acontecimiento” que nos remite dramáticamente a un presente detenido, nos imaginamos un futuro en ruinas. Muchas cosas cambiarán y el antropólogo estará preparado para hacer trabajo de campo entre esas ruinas. No sabemos cómo será el futuro, y eso nos angustia, pero sabemos que saldremos de nuevo todos al campo para etnografarlo. Y los que ya habíamos hecho etnografías, pensemos que más allá de las ruinas, encontraremos un tiempo para los *Post Scriptum*.